

LECCION XLVII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Visitacion. — Sabiduría de la Iglesia en la celebracion de las fiestas de la Virgen santísima. — Providencia de Dios que saca el bien del mal. — Origen de la fiesta de la Visitacion. — Lecciones que nos da la Virgen santísima. — Asuncion. — Origen de esta fiesta. — Tradicion. — Triunfo de Maria. — Su bondad y poder en el cielo. — Palabras del beato Berchmans. — Historia de san Estanislao de Kotska.

I. La Visitacion. — Los pueblos conservan los hechos memorables de su historia por medio de monumentos, y los hijos bien educados celebran con alegres festejos las acciones importantes de sus padres, ó las circunstancias notables de su vida, ¿y nos hemos de asombrar de que la gran familia católica haya perpetuado por medio de monumentos y fiestas los acontecimientos principales de la vida de su padre y de su madre, Jesús y María? Puede preguntarse al menos, ¿por qué no datan de los primeros siglos las fiestas de la Virgen santísima? ¡Oh! no creais que ha sido un olvido de parte de la Iglesia, pues desde el dia de su nacimiento ardía en su corazon la viva llama de la mas tierna y filial devocion hácia María, pero el tiempo no le permitía manifestarla, y la dilacion que, á pesar suyo, ha empleado en la celebracion pública de las fiestas de la Reina del cielo, es una nueva prueba de la sabiduría divina que la caracteriza.

La Iglesia nació entre los Judíos, y creció en medio de los gentiles: en tanto que sus primeros discípulos, reunidos en corto número en torno de un altar solitario, ofrecian sus corazones al solo y único Dios, millones de hombres se prosternaban ante millares de altares erigidos á millares de divinidades extrañas, pues para los gentiles todo era dios, á excepcion de Dios mismo. ¿Cuál era entonces, en aquellos tristes siglos, la principal mision de la Iglesia? Atraer los pueblos á la unidad de Dios. Y esta es la razon de no ocuparse de las honras de la Virgen santísima para no dar ocasion de rendirse-las con exceso, ó de renovar bajo otra forma la idolatría que convenia destruir. Los gentiles habian adorado y adoraban aun no sé cuántas diosas, madres de falsos dioses. ¿No era de temer que pasasen fácilmente á la adoracion de la Madre del verdadero Dios? Este era el mal peligroso, contra el cual se tomaban precauciones.

La Iglesia secundaba, obrando de este modo, los mas ardientes deseos de la misma María, que deseaba ante todo que solo su Hijo

fuese adorado en espíritu y en verdad por toda la tierra. ¿Qué digo? Parecia que el mismo Dios autorizaba esta conducta, pues mientras coronaba de gloria la muerte y el sepulcro de los Mártires, dejaba en una especie de olvido la muerte y el sepulcro de María y las gloriosas circunstancias de su vida divina. Constantemente fiel á sí propio y lleno de solicitud por el bien de sus hijos, habia hecho lo mismo con Moisés, cuya muerte y sepultura quiso que fueran ignoradas y sin testigos, temiendo que los Israelitas, inclinados siempre á la idolatría, no le convirtiesen en una falsa divinidad.

Pero llegó el instante anhelado en que la Iglesia podia manifestar sin violencia los transportes de su amor hácia María, y en esto debemos admirar tambien la sabiduría de Dios, que saca el bien del mal, y la gloria de la Religion de los ataques de sus enemigos. Por una parte Nestorio se habia atrevido á disputar á María su augusta cualidad de Madre de Dios, y por otra el peligro de la idolatría se habia desvanecido despues de estar asegurada la Religion. Como la prudente moderacion que se habia observado hasta entonces podia llegar á ser peligrosa, la Iglesia se apresuró á publicar las augustas prerogativas de María para oponerlas á los ultrajes que le hacian los herejes, y por este motivo se erigieron templos bajo su nombre y se instituyeron fiestas en honor suyo; pero hasta en esto obró la Iglesia por grados, haciendo de modo que todas las cosas estuviesen en proporcion con las necesidades de las épocas y de los lugares.

II. Origen de esta fiesta. — De este modo se vió establecer, en las grandes circunstancias en que se trataba de reanimar la piedad de los pueblos, ó de alcanzar del cielo algun favor notable, una fiesta ó una devocion nueva en honra de la omnipotente y bondadosa Madre de Dios. Es verdad, por ejemplo, que se celebraba la fiesta de la Visitacion en la Orden de san Francisco desde mediados del siglo xiii (1263) y en el Oriente desde la mas remota antigüedad, pero no fué universal hasta el pontificado de Urbano VI. Este Papa, de gloriosa memoria, mandó que se solemnizase con particular fervor, y se preparase á ella por medio del ayuno para alcanzar, por intercesion de María, la extincion del gran cisma que devoraba entonces la Iglesia. Habiendo muerto Urbano VI antes de publicarse la bula de institucion, la publicó en 1389 su sucesor Bonifacio IX, transformando en simple consejo la obligacion del ayuno, y el concilio de Basilea fijó finalmente en 1441 el dia de la fiesta en el 2 de julio ⁴.

El objeto de esta fiesta es honrar á María visitando á su prima Isabel, y proponernos á esta augusta Virgen como modelo de nuestra caridad para con el prójimo. El Soberano Pontífice que la instituyó,

⁴ Sess. XLIII. Véase *Spond.* an. 1389, n. 1, et an. 1441, n. 3; *Bened.* XIV, pág. 470, n. 9.

¿podía hallar un ejemplo mas hermoso y mas propio para persuadir á los dos partidos, formados entonces en la Iglesia, á que se diesen el ósculo de paz? Sin embargo, esta fiesta tiene actualmente la misma eficacia y oportunidad; por una parte, nunca ha estado tan turbada la paz como ahora, y por otra, siempre es igualmente propia para inspirarnos la caridad hácia nuestros hermanos, é indicarnos sus santas reglas. Para convencernos de ello basta meditar el sencillo relato que nos hace el Evangelio de la visita de la Virgen santísima á su prima.

III. Ejemplos de la Virgen santísima. — En el misterio de la Anunciación el arcángel Gabriel dice á María que su prima Isabel había concebido milagrosamente, y que estaba en el sexto mes de su embarazo. La Virgen santísima ocultó por humildad la dignidad sorprendente á la cual la elevaba la encarnación del Verbo en su seno; pero transportada de alegría y gratitud, quiso ir á felicitar á la madre de Juan Bautista. El Espíritu Santo le inspiró esta resolución para que se cumplieran sus designios acerca del Precursor que aun no había nacido. *Y en aquellos días levantándose María fué con gran prisa á la montaña, á una ciudad de Judá: y entró en casa de Zacarías, y saludó á Isabel*¹.

La distancia de Nazareth, donde María habitaba, á la ciudad donde se hallaba Isabel, era de veinte á veinte y cinco leguas², y sin embargo la Virgen santísima no vaciló un instante en ponerse en camino; y aunque débil y poco acostumbrada á sobrellevar tanto cansancio, nada pudo contenerla. ¿Quién la apresura de este modo? El ardiente deseo de ser útil á aquella santa familia, y hacerla partícipe de la gracia que lleva consigo. Hijos de María, ¡qué ejemplo tan hermoso de caridad pronta y generosa nos da en este caso nuestra Madre! Advirtamos que al hablar el Evangelista de la partida de María para ir á ver á Isabel, dice que fué pronta y que se apresuró en su camino, así como para su regreso no indica ya prisa, y se contenta con decir: *Y María se detuvo con ella como tres meses, y se volvió á su casa*³. «¿Qué otro motivo, pregunta san Buenaventura, podía haber inducido á María á tener tanto afán en ir á visitar la familia de Juan Bautista, sino el de llevarle la gracia?»⁴

Y este deseo de ser útil á los hombres no abandonó á la Virgen santísima cuando entró en el cielo, sino que por el contrario ha ido

¹ Luc. 1, 39, 40. — Numquid forte dubiam adhuc et incredulam oraculo, recentiore voluit confirmare miraculo? absit. Sed ideo sterilis cognatae conceptus Virgini nuntiatur, ut dum miraculum miraculo additur, gaudium gaudio cumuletur. (S. Bern. Homil. IV sup. Missus.; id. B. Ambr. lib. II in Luc.)

² Baron. Appar. ad Annal. eccles. n. 77 et 78.

³ Luc. 1, 56.

⁴ Spect. cap. 54.

siempre en aumento; porque María sabe ahora mejor nuestras necesidades, compadece con mas ternura aun nuestras miserias, y anhela socorrernos aun mas vivamente que nosotros mismos deseamos ser socorridos. « Aunque se crea ofendida, continúa san Buenaventura, » por los que se descuidan de implorar sus gracias; porque el único » deseo de María consiste en prodigar á todos los hombres los mismos » favores de que colma á los que la sirven¹. »

Isabel sabia por inspiración del Espíritu Santo el inefable misterio de la Encarnación que Dios había obrado en María, aunque esta no quiso descubrirlo por humildad. La madre del Precursor exclamó en el transporte de su alegría y admiración: *Bendita tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre*². Despues, volviendo los ojos sobre sí misma, añadió: *¿Y de dónde esto á mí, que la Madre de mi Señor venga á mí*³? Ejemplo de la santa alegría y del reconocimiento de que debemos estar animados cuando recibimos la visita de nuestros hermanos. ¡Oh! la conducta de Isabel condena altamente el desden, la tibieza y los mentidos cumplimientos; y al condenarlos, ¿no nos condena quizás á nosotros?

Isabel expresa el objeto de su alegría: *Porque he aquí que luego que llegó la voz de tu salutación á mis oídos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre. Y bienaventurada la que creiste, porque cumplido será lo que te fué dicho de parte del Señor*⁴. Ejemplo de lo que hemos de alabar en nuestros hermanos; no las ventajas temporales, las gracias del cuerpo, ni el talento, sino los dones de Dios, la virtud. Juan Bautista fué santificado en el seno de su madre, y tuvo de antemano el uso de la razón, y supo por una luz sobrenatural quién era el que acababa de visitarle. Este conocimiento le llenó de tan viva alegría, que se estremeió en el seno de Isabel. Y ¿quién fué la dispensadora de este favor, y el instrumento de este primer milagro de Jesús en el orden sobrenatural? María, sí, María, que alcanzó mas adelante el milagro de su Hijo en el orden de la naturaleza.

¡Oh María! ¡qué poderosa sois y sobre todo qué buena! Ya que sois la dispensadora de todos los favores del cielo en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, sois por consiguiente la esperanza de todos los hombres y la mía en particular. Doy gracias á Dios mi Salvador, que me os ha dado á conocer, y se ha dignado enseñarme, al mismo tiempo, el medio de conseguir la gracia y la salvación; y este medio sois Vos, Madre de Dios, porque sé que deberé mi salvación á los méritos de Jesús y á vuestra intercesión poderosa. Reina mía, que con tanto ahinco fuísteis á visitar la casa de santa Isabel, venid tam-

¹ In Prolog. Cant. B. V. c. 1.

² Luc. 1, 42.

³ Ibid. 43.

⁴ Luc. 1, 44, 45.

bien á visitar la morada de mi pobre alma. Daos prisa; sabeis mejor que yo cuánto sufre y cuántos males la asedian, sabeis que está sujeta á mil impulsos desarreglados, á mil malos hábitos, y que la peste del pecado ha dejado en ella huellas funestas que deben conducirla á la muerte eterna: y Vos, tesorera de Dios, podeis hacerla rica y curarla de todas sus dolencias.

Venid, pues, á visitarme mientras estoy en la tierra, pero especialmente á la hora de mi muerte, que es cuando necesitaré mas vuestra asistencia. No pretendo el favor de veros cara á cara en este mundo, como se lo habeis concedido á varios Santos y á siervos menos indignos y menos mancillados por el pecado que yo; lo único á que aspiro es á ser admitido para contemplaros algun dia en el cielo, donde os amaré y os daré gracias durante la eternidad por lo que habeis hecho por mí. Concededme tan solo la visita de vuestra misericordia, y rogad por mí; con esto quedaré satisfecho.

Pero si deseamos ser favorecidos con las bienaventuradas visitas de la Reina del cielo, vayamos nosotros antes á visitarla con frecuencia, dirigiéndole nuestras oraciones, ya al pié de sus imágenes, ya en una iglesia que le esté consagrada. « Creed, dice san Anselmo, que muchas veces hubiéramos hallado mas bien la gracia dirigiéndonos á María, que al mismo Jesús; no porque Jesús no sea fuente de toda gracia, sino porque recurriendo á su Madre, ella rogará por nosotros, y sus oraciones tendrán siempre al lado de su Hijo mayor influencia que las nuestras¹. »

No nos apartemos, pues, de las plantas de esta divina Tesorera de las gracias, y repitámosle á cada instante con san Juan Damasceno: « Madre de Dios, abridnos la puerta de la misericordia rogando por nosotros sin cesar, porque vuestras oraciones son la salvacion de los hombres, y lo único que hemos de hacer, al volvernos hácia Vos, es suplicaros que pidais por nosotros y nos alcanceis las gracias que sabeis sernos mas necesarias. » Esto es lo que hizo y nos enseña el hermano Reinaldo de la Orden de los Dominicos, como puede verse en las crónicas². Este piadoso siervo de Maria estaba enfermo y la imploraba su curacion: la Reina de los Angeles se le apareció entonces, acompañada de santa Cecilia y santa Catalina, y le dijo con infinita dulzura: « Hijo mio, ¿qué quieres que haga por tí? » Sorprendido con esta pregunta, el religioso se quedó embarazado y sin saber qué responder. Una de las Santas que acompañaba á la Virgen le dijo entonces: « Reinaldo, tú no sabes lo que has de hacer; no pidas nada, y conténtate con ponerte en manos de Maria, que ella

¹ Velocior est nonnunquam salus nostra, invocato nomine Mariæ, quam invocato nomine Jesu. (*De excell. Virg.* c. 6.)

² Lib. I, c. 5.

» te alcanzará una gracia mas ventajosa que la que hubieras escogido. » El enfermo obedeció, y se curó.

¿Cómo corresponde la humilde Maria á los elogios que recibe de Isabel? Devuelve toda la gloria al que ha hecho cosas tan grandes, y dice á su prima: *Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador, porque miró la bajeza de su esclava, etc.*¹. Ejemplo del modo con que debemos recibir las alabanzas. Despues de pasar tres meses en casa de Isabel, Maria vuelve á tomar el camino de su humilde ciudad. Las necesidades y la utilidad de sus parientes fueron la norma de la duracion de su permanencia: ejemplo que condena la inutilidad de nuestras conversaciones, y la duracion superflua de nuestras visitas.

¡Oh Maria! os doy gracias por el hermoso modelo que hoy me presentais, enseñándome á santificar una de las cosas mas importantes de la vida, las conversaciones y las visitas, que son origen de tantos pecados para tan crecido número de cristianos. Quiero evitar, como Vos, las palabras profanas, vanas é inútiles, y desterraré de mis conversaciones todas las puerilidades que degradan el alma, apocan el entendimiento, y disipan el corazon.

IV. La Asuncion. — La fiesta de la Visitacion se celebra el 2 de julio, y seis semanas despues, es decir, el 15 de agosto, se solemniza la de la Asuncion. Hé aquí el triunfo de Maria; pero expliquemos el origen de esta hermosa solemnidad, antes de describirla. Sabemos por el Evangelio que Nuestro Señor encomendó la santísima Virgen al Discípulo amado, y la tradicion nos dice que fué á habitar con él en la ciudad de Éfeso². La Iglesia, enterada por los Apóstoles, ha creído siempre que la Madre de Dios subió inmediatamente despues de su muerte en cuerpo y alma al cielo, donde está sentada en un trono inferior tan solo al de Dios. Esta creencia, aunque no es un artículo de fe, la expresaron en un principio de un modo oscuro los Padres de los primeros siglos, y fué desenvolviéndose como otras varias verdades, de manera que reúne en el dia los homenajes de Oriente y de Occidente³.

¹ Luc. I, 46, 47, 48. — Véase la explicacion apologética del Cántico de Maria en el V. P. Canisio, *De Maria V. Deipara*, lib. IV, c. 7 et 8.

² Benedicto XIV, pág. 493, 495.

³ Sanctissimum corpus clarissimo præstantissimoque tumulo imponitur, unde triduo post in cælum attollitur... Sicuti sanctum incorruptumque illud corpus, quod Deus ex ea personæ suæ copulaverat, tertia die è monumento surrexit, sic etiam hanc è tumulo abripi, matremque ad filium migrare par erat. (S. Joan. Damas. *Orat. II de Dormit. Maria*, n. 14.) — Dominus susceptum Virginis corpus sacratissimum in paradysum deferri jussit, ubi nunc resumpta anima cum electis ejus exultans, æternitatis bonis nullo occasuris fine perfruitur. (S. Greg. Turon. *lib. de Miracul.* c. 4.) — Sententiam assumptionis Virginis in corpore et anima in cælum non esse de fide; quia neque est ab Ecclesia definita, neque est testimonium

Así pues, la Iglesia honra en este día la resurrección de María y su ascensión en cuerpo y alma al cielo. « Virgen santísima, dice la » Iglesia en el himno de Vísperas, cuando os llamaron las recompensas celestiales que estaban preparadas para Vos, el amor rompió los » lazos que tenían vuestra alma cautiva en la cárcel del cuerpo mortal; pero la muerte, vencida por el fruto de vuestro seno, no puede » tener imperio sobre Vos, y no se atreve á retener en las cadenas á » la que ha dado al mundo el Autor de la vida. » En la misma colecta, que es como el sello de su creencia, la Iglesia reclama la intercesión de la santísima Madre de Dios, que sufrió la necesidad de la muerte temporal, sin que la muerte hubiera podido retener en sus lazos á la mujer en quien se encarnó Nuestro Señor ¹.

La creencia de la Iglesia está basada, además de los testimonios que hemos citado y otros mil mas que podríamos citar, en una antigua tradición muy general en Oriente, la cual dice que el Señor envió el arcángel Gabriel á su divina Madre algunos días antes de su muerte ². Oyóse entonces, dice san Jerónimo, en el paraje donde reposaba una dulce armonía que fué para los santos Apóstoles el anuncio de que María les dejaba, y redoblando en momento tan supremo sus lágrimas y oraciones, alzaron la mano hácia ella y la dijeron con voz unánime: ¡Oh! Vos que sois nuestra madre, no nos dejéis para subir al cielo; dadnos vuestra bendición, y no nos abandonéis, porque somos débiles y desgraciados. María volvió hácia ellos sus moribundas miradas, y les dijo como para darles el último adiós: ¡Benditos seáis, hijos míos, nunca dejaré de pensar en vosotros! Y muy pronto vieron los Apóstoles al Salvador, acompañado de sus Ángeles, que bajaba á recibir el alma de su divina Madre.

Uno de los Apóstoles no pudo, sin embargo, presenciar la muerte de María ni recibir su postrera bendición, pues no llegó hasta tres días después de su bienaventurado fallecimiento, y penetrado de dolor y pesar por no haber logrado tanta dicha, suplicó al sacro Colegio que abriesen el sepulcro de María para verla por postrera vez. Abriéronlo en efecto, pero, ¡oh prodigio! el sepulcro estaba vacío, y habían brotado lirios, símbolo de pureza y virginidad, donde había estado reclinado su cuerpo santo, inmaculado y demasiado santo para permanecer en el sepulcro, y que los Ángeles, Arcángeles, Serafines y Querubines se llevaron en sus alas, cuando la voz de Dios la despertó

Scripturæ, aut sufficiens traditio, quæ infallibilem faciat fidem; tamen summæ temeritatis reus crederetur, qui tam piæ religiosamque sententiam hodie impugnet. (Suarez, 3 pars, q. 37, art. 4, dist. 23, sect. 11.)

¹ Veneranda nobis, Domine, hujus diei festivitas, in qua sancta Dei Genitrix mortem subiit temporalem, nec tamen mortis nexibus deprimi potuit quæ filium tuum de se genuit incarnatum. (Bened. XIV, pág. 491, n. 5.)

² Cedreno, *Comp. Hist.*; Nicéforo, lib. II, c. 21; Metafrasto, *De dormit. Mar.*

de su corto sueño ¹. Esta tradición ha inspirado á muchos pintores, y los grandes cuadros de nuestros templos nos muestran con frecuencia el cielo enteramente poblado de espíritus celestiales, llevando coronas y palmas á la Hija de David que va á ser coronada reina de los cielos. Apartaron á un lado la losa del sepulcro, y vieron entre los pliegues del sudario las flores milagrosas que habían brotado en el fondo de la tumba ². La muerte bienaventurada de María y su elevación al cielo en cuerpo y alma era un suceso demasiado importante en sí y glorioso para la augusta María, para que la Iglesia no consagrara su recuerdo por medio de una solemne fiesta. En efecto, aunque la falta de documentos no nos permite demostrar la celebración de esta fiesta desde la época de los Apóstoles, la hallamos en el siglo IV ³. El concilio de Éfeso, al asegurar á María su título glorioso de Madre de Dios, dió grande autoridad al culto que le rendían ya los fieles, y aumentó por consiguiente la solemnidad de su Ascensión. Pronto la solemnizó la Europa en el vasto imperio de Carlomagno, y se convirtió de esta suerte en una fiesta católica ⁴; es precedida de un ayuno y seguida de una octava, lo cual demuestra la grandeza de esta solemnidad que lleva dos nombres diferentes, pues algunos Padres la han llamado el *sueño* ó el *reposeo* de la bienaventurada Virgen, y otros mas comunmente la Ascensión, pero la Iglesia ha adoptado mucho tiempo há la última denominación ⁵. Ahora bien, la palabra Ascensión expresa muy claramente la diferencia que existe entre el modo como subió al cielo la Virgen santísima y el con que subió Nuestro Señor: este subió por su propia virtud, y María por la virtud de su Hijo ⁶.

V. Entrada de María en el cielo. — ¿Qué pluma sería capaz de describir la entrada triunfante de María en el cielo? Cuando Jesús, dice un Santo de los últimos siglos, consumó con su muerte la obra de la redención, los Ángeles deseaban con afán su regreso al cielo, y repetían sin cesar estas palabras de David: *Levántate, Señor, ve á tu reposeo, tú y el arca de tu santificación* ⁷. El arca de vuestra santificación, es decir, vuestra divina Madre, que habeis santificado habitando en ella. El Señor quiso por fin corresponder á los deseos de los moradores de la Jerusalem celestial, llamando entre ellos á María.

Pero si había creído conveniente que se introdujera con tanta pom-

¹ Metafrasto y san Gregorio de Tours.

² *Cuadro poético de las fiestas*, pág. 339.

³ Bened. XIV, pág. 505, n. 27 et 29.

⁴ Concilio de Maguncia en 813, cán. 3, 6.

⁵ Bened. XIV, pág. 504, n. 23.

⁶ *Ascendit Salvator in cælum potestativæ virtutis imperio, sicut Dominus et creator Angelorum comitatus obsequio, non auxilio fultus. Assumpta est Maria in cælum, sed gratiæ sublevantis indicio, comitantibus et auxiliantibus Angelis, quam sublevabat gratia, non natura.* (S. Petr. Damian. *Serm. de Assumpt.*)

⁷ Psalm. cxxxii, 8.

pa en la ciudad de David el arca de la antigua alianza, ¿qué pompa no debió desplegar en la entrada de su Madre en la ciudad divina? No bastando un grupo de Ángeles para formar su escolta, el mismo Rey de los Ángeles bajó para acompañarla con toda la corte celestial. Llegó aquí, pues, al Hijo del Eterno que baja del cielo para ir á presentarse á su Madre, y que le dirige estas dulces palabras: « Levántate, » date prisa, querida mia, paloma mia, hermosa mia, porque ha pasado el invierno con sus rigores. Ven del Líbano, Madre mia, ven á tomar la corona que te he destinado ¹. »

María parte de la tierra; pero recordando á cuántos peligros y miserias deja expuestos á sus hijos, dirige hácia ellos miradas de compasión y amor, para decirles que no los olvidará en los resplandores de su gloria. Jesús le tiende la mano, y María llega al umbral de la bienaventurada mansion cruzando con él, al elevarse por los aires, las nubes y las esferas celestiales; y se abren las puertas eternas, y la Virgen de Judá entra en el cielo del cual es reina.

Apenas la han contemplado los Santos y los espíritus celestiales, cuando sorprendidos de su brillo y su hermosura exclaman con voz unánime: ¿Quién es esa que se eleva del desierto, tan brillante de gracias y virtudes, y que llega apoyada de su Amado? ¿Quién es esa que lleva al Señor en su cortejo? Y unánimes exclamaciones responden: Es la Madre de nuestro Rey, nuestra Reina, la Santa de las Santas, la amada de Dios, la paloma inmaculada, la mas hermosa de las criaturas. Y todas las jerarquías de los cielos, Ángeles, Arcángeles, Virtudes, Potestades, Principados, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines, todos los órdenes de Santos, los Patriarcas, Profetas, Mártires y Virgenes, depositan á sus piés sus coronas inmortales proclamando sus loores.

Pero Adán y Eva, nuestros primeros padres, fueron los que con mas ardor se acercaron á ella, diciéndole: Hija querida, has reparado el mal que causó nuestra falta al género humano, has reconquistado al mundo la gracia que habia perdido, y has quebrantado la cabeza de la serpiente que nos venció; tú nos has salvado, bendita seas. ¡Con qué palabras debieron saludarla los autores de sus dias, santa Ana y san Joaquin! ¡Qué lengua humana podria expresar la alegría de José, su santo esposo, al ver la entrada gloriosa de su esposa en el cielo!

Faltan palabras para ponderar con cuánto amor y complacencia la acogió la santísima Trinidad; cómo recibió en ella el Padre á su Hija amada, el Hijo á su Madre, y el Espíritu Santo á su Esposa. El Padre la llama á participar de su poder, el Hijo de su sabiduría, y el Espíritu Santo de su amor. Y las tres personas divinas ciñen su frente

¹ Cant. iv, 8.

radiante con una corona de doce estrellas mas resplandecientes que los rubíes y los diamantes, y sentándola en un trono á la derecha de Jesús, la proclaman Reina del cielo y de la tierra, y mandan á los Ángeles y á todas las criaturas que la reconozcan por tal, y la sirvan y obedezcan en todo ⁴.

VI. Sus funciones. — ¿Qué hace María en su elevado trono? Como mediadora del género humano con Jesucristo y cerca de Jesucristo, intercede por nosotros, defiende nuestra causa, saca á manos llenas de los tesoros celestiales, y distribuye pródigamente los perdones, las bendiciones y las gracias. María es reina, pero lo es de clemencia y misericordia; su bondad no tiene límites, y su poder es igual á su bondad ². Y ¿qué pide para concedernos su proteccion? Escuchad á uno de sus mas grandes siervos. Hallándose próximo á morir el beato Berchmans, á quien esta augusta Reina habia colmado durante su vida de los mas señalados favores, la comunidad se reúne en rededor de su lecho, y el superior le manda en nombre de la obediencia que diga á sus hermanos lo que ha hecho y conviene hacer para merecer las relevantes gracias con que le ha favorecido María. « Muy poco es lo que pide María, responde el Santo moribundo: *El mas pequeño homenaje, con tal que sea constante* ³. »

¿Es preciso decir nada mas para excitar en nuestro corazon una confianza infantil en esta buena Madre? Dirijámonos, pues, á ella en todas nuestras necesidades del cuerpo y del alma; roguémosla, sobre todo, que nos alcance por los méritos de su bienaventurada muerte un buen fin, y que salgamos de la vida, ya un sábado, dia que le está consagrado, ya en la octava de una de sus fiestas, favor que ha alcanzado para varios de sus siervos, y especialmente para san Estanislao de Kotska, que murió el mismo dia de la Asuncion.

VII. Ejemplo. — Este santo jóven, que siempre habia profesado á María un amor y una devocion sincera, asistia á principios de agosto á un sermón que predicaba el P. Canisio delante de los novicios de la Compañía de Jesús, en el cual les exhortaba á que vivieran siempre como si se hallasen próximos á su último dia y estuviesen á punto de comparecer ante el divino tribunal. Acabado el sermón, Estanislao dijo á uno de sus hermanos que sentia como un aviso de Dios que le decia que aquel mes seria para él el postrero. Sea que Dios se lo hubiese revelado en efecto, ó que solo fuera un presentimiento suyo, la realidad del hecho justificó el vaticinio. Cuatro dias despues, al dirigirse á Santa María la Mayor, dijo á un Padre de la Sociedad, con quien hablaba de la fiesta de la Asuncion que se acercaba, que le pa-

⁴ Véase san Ligorio, *Glorias de María, Asuncion*.

² Omnipotentia supplex.

³ Quidquid minimum, dummodo sit constans.

recia que en aquel dia debia tener en la patria celestial como un nuevo paraíso á causa de la gloria de la Madre de Dios, coronada Reina del cielo y de los Ángeles. « Y si es verdad, añadió, como lo creo firmemente, que la misma solemnidad se renueva todos los años, espero » asistir á la primera que se celebre. »

La suerte habia dado á Estanislao por protector del mes (segun la costumbre) al bienaventurado san Lorenzo mártir, y dicen que habia escrito á María su madre para alcanzar de ella el favor de asistir á su fiesta en el paraíso. Comulgó el dia de san Lorenzo, y despues suplicó al Santo que presentase su peticion á la Reina de los Ángeles y alcanzara de ella que la atendiese. Aquella misma noche le acometió la calentura, y aunque poco violenta, principió á persuadirse de que habia sido oido su ruego y se aproximaba la hora de su muerte, y le oyeron repetir con manifiesta alegría al tiempo de acostarse: « No volveré á » levantarme. » Y dirigiendo la vista al Padre Aquaviva que estaba á su lado, le dijo: « Padre, creo que san Lorenzo me ha alcanzado de » la Virgen santísima la gracia de asistir en el cielo á la fiesta de su » Asuncion. » Pero el Padre no tomó en consideracion estas palabras.

Llegó la víspera de la fiesta, y aunque la enfermedad continuaba presentando poca gravedad, el Santo dijo á uno de los religiosos que no existiria ya á la noche siguiente. « ¡ Ah! hermano, respondió este, » mayor milagro será veros sucumbir de aquí á entonces, que hallaros completamente restablecido. » Sin embargo, el estado del enfermo cambió súbitamente al mediodía; inundó su cuerpo un sudor frio, faltáronle enteramente las fuerzas, y vino á verle presuroso el superior, á quien suplicó Estanislao que mandase que le acostasen sobre el suelo desnudo para morir como penitente. Envolviéronle en una manta para darle gusto, y le tendieron efectivamente en el suelo, y allí se confesó y recibió el santo Viático en medio de las lágrimas de los que le rodeaban. Cuando entró el santísimo Sacramento en la estancia, vieron brillar su rostro de alegría celestial, y con la divina expresion de un Serafin. Recibió tambien la Extremauncion, y entre tanto no hizo mas que rezar, levantar los ojos al cielo, y besar y estrechar contra su corazon una imágen de María que tenia en las manos.

Habiéndole preguntado un Padre de qué le servia el rosario que llevaba en la mano, siendo así que ya no se hallaba en estado de recitarlo, respondió: « Me sirve de consuelo, porque pertenece á mi » Madre. — Pronto os consolaréis, respondió el Padre, viendo y besando humildemente las manos de la misma María en la mansion de » los bienaventurados. » Al oir estas palabras inflamóse nuevamente el rostro del Santo, y levantó las manos como para expresar su alegría de verse pronto reunido con María. La divina Madre se le apareció en seguida, como pudieron advertirlo los circunstantes. y pocos momen-

tos despues, al amanecer del 15 de agosto, pasó sin dolor á gozar la paz de los bienaventurados, no dejando de estrechar contra su corazon la imágen de María sino para ir á besar en el cielo los piés de su querida Patrona.

VIII. Medios de celebrar dignamente la Asuncion. — Demostremos tambien nosotros nuestro júbilo el dia de la Asuncion, por tener en el cielo una Madre tan poderosa, buena y fácil de contentar; preparémonos á su fiesta con una novena; tomemos la santa comunión del Viático para alcanzar la gracia de una buena muerte, y para que sean enteramente prácticos nuestros sentimientos de devocion y nuestros ejercicios de piedad hácia María, y reflexionemos profundamente cuáles fueron los medios con que llegó á tan alto grado de honor y felicidad. Es indudable que la dignidad de Madre de Dios fué una circunstancia importantísima, mas no fué ella lo que Dios coronó en María, sino su fidelidad á la gracia: tal fué la medida de su gloria, y tal será la de la nuestra.

Hijos de María, imitemos á nuestra Madre, y tomemos hoy esta divisa: *Hacer en grande las cosas pequeñas.*

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy de haberme dado en María una madre tan poderosa y tan buena; concedednos la gracia de que merezcamos su cariño por medio de la fidelidad constante en imitar sus virtudes, su humildad, su pureza, y su amor hácia su divino Hijo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *tomaré por confidenta á la Virgen santísima.*